

## III

La noche que siguió al descubrimiento de la pelotilla de papel azul pareció interminable á la condesa. Estaba ya muy cerca el amanecer, cuando Mina se determinó á echarse en su lecho; pero, abrasada por la fiebre, no pudo pegar los ojos. Oyó dar una por una todas las horas, y revolvió desesperadamente en su cerebro dolorido los datos de aquel problema cuya solución podía ser la pérdida de su felicidad. ¿Quién sería aquella mujer que firmaba sencillamente Lydia y hablaba con tanta familiaridad, acerca de la enfermedad de su tía, al conde de Fontenay? Era indudable que aquella mujer conocía y trataba íntimamente á su marido. Y en tal caso, ¿podía ser otra que la querida del conde?

Pensando esto enloquecía la condesa. Un dolor agudísimo turbaba su corazón, y en el silencio de la noche advertía con sorpresa que estaba hablando en voz alta. Lo que la preocupaba principalmenté era la absoluta falta de indicios precursores de aquella revelación. Ni las costumbres de Armando ni ningún acto suyo habían podido inspirarle sospechas. El conde era el mismo de siempre. Sus ocupaciones no se habían modificado ni había variado sus horas de

salir. La condesa le había visto siempre dispuestó á acompañarla, amable siempre y solícito y risueño. ¿Era esta, por ventura, la actitud de un marido infiel?

Perdíase Mina en las más extravagantes conjeturas. Imaginaba á veces que su marido, antes de haberse casado con ella, habría tenido una hija natural, de la que no habría querido hablarla y en cuyo cuidado se ocupaba secretamente. Durante un buen rato estuvo encariñada con esta idea y encontraba cierto consuelo. ¡Una hija, aquella Lydia, ya crecida y sin madre, toda vez que en el telegrama hablaba de su tía solamente! Mina se interesaría por aquella hija de su marido, y hasta la amaría por el cariño de Armando. La condesa estaba dispuesta á recibirla, á tenerla en su casa y á tratarla como si la hubiera llevado en su seno; después tornaba bruscamente á las dudas. ¿Cómo, por espacio de diez años, su marido, que era la franqueza y la confianza personificadas, había guardado silencio? Ellos no tenían hijos; si lo que ella había imaginado fuese cierto, ¿no lo hubiera confesado Armando lealmente para suplicar á su esposa que adoptase á la niña? Harto conocía Armando la bondad de corazón y la generosidad de la condesa, que no habría vacilado un instante en darle esa prueba más de su ternura, en cumplir ese deber. Además ¿cómo se explicaba aquel disimulo de diez años? No, no; evidentemente se trataba

de una querida, no de una hija. Adivinábalo la condesa en los ardores de su sangre, en la sobrecitación de sus nervios, en los estremecimientos de su carne. ¡Una querida!

El pensamiento de que Armando pudiese engañarla no le había ocurrido nunca. Hasta aquel día su amor había aparecido triunfante. Nunca había sospechado ni temido de rival alguna. Y he aquí que de repente los temores, las angustias y las dudas habían invadido su corazón apasionado. Como un viajero que se retrasa por estrecha senda de un bosque ve á una culebra que se levanta de entre las hojas y le amenaza, Mina había visto al reptil de los celos saltarle al corazón, y en él llevaba su dolorosa mordedura. ¡Poseer otra al hombre á quien ella adoraba! ¡Recibir otra las caricias del conde! Pensar en esto la enloquecía, y sola en su cuarto, con los ojos abiertos, mirando hacia la luz que se filtraba á través de las cortinas entreabiertas, escuchando los ruidos, apagados discretamente, de la servidumbre ya levantada, la condesa necesitaba morder las sábanas para no exhalar gritos de desesperación.

Su doncella, que entró á la hora de costumbre, la obligó á serenarse. Mina hizo un esfuerzo grande para simular calma, engañando á las perspicaces miradas de aquella criada habituada á servirla durante veinte años. Este primer acto de disimulo ya le pareció odioso. Pensó en

que iba á verse obligada á mentir delante de su marido, á charlar tranquilamente, hasta con alegría, llevando la muerte en el alma.

Este pensamiento la hizo quedar inmóvil y abatida, con el rostro ajado, los ojos apagados por el insomnio y pálida como si estuviera gravemente enferma. Miróla su doncella con cariñosa inquietud, y acercándose á ella le preguntó:

—¿Está enferma la señora?

—¿Por qué me pregunta usted eso?—dijo la condesa muy agitada.

—Porque me parece que la señora no tiene tan buena cara como otros días.

—Deme usted un espejo.

Tomó el espejo y se miró; no pudo menos de asombrarse al ver los cambios que aquellas horas de tortura moral habían producido en su rostro. Su fisonomía, algo vultuosa por la calentura, sus ojos sin brillo, su frente llena de arrugas y sus cabellos, cuyos mechones desordenados blanqueaban ya en algunas partes, todo denunciaba á la vejez inexorable y victoriosa. Aquel semblante que el espejo incorruptible reflejaba, no era ya el de la mujer hermosísima, celebrada, adorada y feliz. Era el espectro de su juventud muerta que se alzaba ante ella amenazadora, fúnebre, presagio de tristezas y de padecimientos, profeta de abandono y de duelo. Abundantes lágrimas brotaron de los ojos de la condesa, y aquellas lágrimas, al caer sobre la superficie brillante y

pulimentada del espejo ocultaron su imagen.

Entonces vió la condesa á su criada que, con aire muy afligido, la contemplaba. Mina leyó en aquellas miradas algo de lástima, y se avergonzó de verse compadecida por una doméstica, de la cual sabía que siempre la había querido mucho. Dijola, pues, con cierta aspereza.

—¿Qué hace usted ahí? Váyase usted.

La doncella obedeció á su señora; arrepentida ésta en el momento de haberla tratado con dureza, le dijo con sonrisa triste:

—Estoy algo delicada, hija mía, déjame. Cuando la necesite llamaré.

Ya sola, se levantó, y sentada en una butaca próxima á la chimenea, reflexionó profundamente. Había recobrado toda la lucidez de su entendimiento y buscaba los medios adecuados para salir de la duda horrible en que se agitaba su ánimo. [Pasado algún tiempo se levantó resuelta, dirigióse á su lindísimo escritorio de taracea, tomó un plieguecillo de papel y escribió en él las siguientes líneas:

«Querido amigo: Tengo mucha necesidad de ver á usted; le agradecería que viniese después de almorzar.—MINA.»

Escribió en el sobre *Señor marqués de Villenoisy*, llamó y reapareció la doncella, á quien la condesa entregó el billete, diciendo:

—Diga usted que lleven esto inmediatamente y vuelva usted para peinarne.

Hecho esto se sintió más tranquila y confió en que tendría ánimo para sobreponerse á todas las dificultades. Lo que Mina temía, sobre todo, era hallarse aquella mañana en presencia de su marido. La casualidad la favorecía; Armando había salido, advirtiendo que no volvería á almorzar. Pudo, pues, la condesa recogerse en su soledad y ocultar, á miradas de extraños, las huellas del sufrimiento impresas en su rostro. A la una llegó el marqués de Villenoisy. El anciano conocía sobradamente á Mina para que hubiese menester de explicaciones preliminares. Al primer golpe de vista comprendió la gravedad de la situación, y sin perder el tiempo en precauciones inútiles dijo:

—¿Qué ocurre, querida amiga?

En el momento de revelar sus amarguras, de confesar su desgracia, de denunciar la infidelidad sospechada, la condesa retrocedió. Parecióla que la primera palabra que pronunciase haría inevitable la catástrofe; sintió deseos de callar, de replegarse sobre sí misma, de sufrir cobardemente para gozar, cuando menos, de la hipocresía halagadora de aquel á quien amaba. Pero su vacilación fué pasajera. Una ola de sangre encendió su rostro, brillaron terriblemente sus ojos, y con voz algo temblorosa le dijo:

—Tengo la horrible sospecha de que mi felicidad ha concluido, de que mi marido me abandona y me engaña.

Y en pocas palabras contó á su antiguo amigo la extraña ausencia de Armando en el momento mismo en que llegaban sus convidados, el descubrimiento de aquel telegrama en que se le llamaba imperiosamente, su precipitado regreso, su turbación durante una parte del espectáculo, después su impasibilidad cuando ella le había preguntado directamente, sus respuestas cariñosas y sus tiernas protestas. Y todo ello ficción, mentira, porque estaba segura de que el conde amaba á otra mujer y de que su desgracia era cierta. La condesa, con ese motivo, se desahogó con lamentaciones violentas, con protestas de indignación, reclamando el auxilio del marqués, impulsándole á que con ella se indignase, como si ambicionara encontrar quien participase de su enojo.

El marqués de Villenoisy habíala escuchado impasible, sin despegar los labios, sin hacer un gesto ni de admiración ni de censura. Con los ojos medio cerrados, mientras Mina exhalaba toda la furia que en su corazón existía, el marqués meditaba. Cuando la fuente de acusaciones y de quejas quedó agotada y cuando al impulso de las primeras confidencias sucedía la calma de la confesión llevada á cabo, el diplomático alzó su cabeza blanca, guiñó sus ojos animados y resumió la situación en estas sencillas palabras:

—Bien, ¿y qué es lo que usted quiere?

Al oír esta pregunta la señora de Fontenay cambió de fisonomía, palideció, y con voz algo temblorosa

—Quiero—dijo—conocer la verdad. Estar segura de lo que ahora sospecho; saber quién es esa mujer, dónde vive, cuánto tiempo hace que mi marido la conoce... en fin, todo.

—¿Y después?

—¿Cómo y después?

—Sí, después de estar segura de que el conde tiene una amante y hace traición á su esposa, ¿qué piensa usted hacer?

La condesa miró á su antiguo amigo con aire algo espantado. Vislumbró en un instante las consecuencias de la situación en que se colocaba. Hasta entonces las conclusiones que había obtenido de la infidelidad de Armando habían sido puramente morales. ¿Era menester ahora sacar consecuencias materiales? El problema estaba planteado con toda claridad y la solución pareció á Mina tan pavorosa que no se atrevió á contestar.

El marqués prosiguió hablándola con dulzura extremada:

—Supongo que no estará usted resuelta á esas investigaciones para no llegar hasta lo último, si, por acaso, esas investigaciones confirmaran las sospechas que usted abriga. Antes de iniciar una campaña es necesario siempre determinar sus resultados probables. Si, como usted dice, el

conde es infiel efectivamente, ¿qué hará usted?

La condesa permaneció otra vez silenciosa, turbada por la gravedad que habría de tener cualquiera resolución que adoptase. Entonces el marqués continuó diciendo:

—No me responde usted. Veo que ha comprendido todo el alcance de mi observación. En este momento usted solamente tiene dudas y está ya atormentada por los celos; pero ¿qué vale el tormento que padece usted ahora comparado con el que le proporcionará la certidumbre? Esto es lo que deseo que comprenda. Usted misma dice que Armando es amable y bueno; que nada ha habido en su actitud ni en su proceder que pudiera infundir á usted sospechas sin el descubrimiento que por casualidad hizo anoche. Acaso lo más prudente sería no averiguar nada, contentándose usted con la felicidad, muy estimable, de que goza. Es verdad, mucha verdad que esto es un *mínimum* de felicidad; pero un *mínimum*, al fin y á la postre, es algo. Si usted comienza sus investigaciones, acaso se vea arrastrada hasta más allá del punto al que deseaba usted ir. El conde puede apercibirse de esas pesquisas. Si es inocente, se creará gravemente ofendido; si es culpable, aun le ofenderá usted más cruelmente. Llegarán ustedes entonces á un rompimiento. ¿Cuál será su desenlace? Sólo hay dos posibles: separación ó reconciliación. El *perdón* vuelve á colocar á usted en la situación misma en

que se encuentra ahora, con más los dolorosos recuerdos de lo sucedido y una frialdad inevitable, manantial perenne de sinsabores. La separación...

—¡Oh, eso nunca; el no verle, el no oírle, el no vivir á su lado me mataría!

—¿Entonces...?

La condesa se retorció las manos con desesperación, y con voz entrecortada, ahogada casi por la angustia que oprimía su pecho, exclamó:

—Quiero saber... Padezco demasiado con estas sospechas... La verdad será cien veces menos cruel... Es necesario que conozca yo á esa mujer, que sepa quién es, cómo es y dónde la ha conocido Armando. Usted debería hacerse cargo de lo que sufro y auxiliarme en lugar de torturarme con sus argumentos. Ya ve usted que estoy loca... tenga juicio por mí y deme un consejo... ¡un consejo bueno!

—Eso es; ¡un consejo á gusto de usted!—respondió fríamente el marqués.—No espere de mí esa complacencia. En la situación de usted sería criminal; yo no le diré sino aquello que el interés de usted, bien entendido, me inspire.

Irguióse bruscamente la condesa con el rostro inflamado de ira y gritó:

—No no... ¡Nada de razonamientos! ¡Basta de discusión!... No ha de separarme usted de mis propósitos; ¿quiere usted impedirme que haga mis pesquisas?... pues no lo conseguirá... La du-

da me mataría... Prefiero mil veces el horror de la certeza. Al menos sabré á qué atenerme, y además... ¡si por ventura fuese Armando inocentel...

Su rostro se animó como con un relámpago de alegría. Un suspiro de consuelo desahogó su corazón alterado. Apoderóse con ansia de aquella idea consoladora que ya había acariciado durante su insomnio.

—Porque al cabo y al fin—continuó diciendo—quizás le acuso sin razón. ¿Quién sabe si mis celos serán infundados? Acaso no haya en todo esto más que un conjunto de apariencias. ¿Cómo creer que el conde, tan amable, tan fiel, tan leal, haya podido engañarme innoble y bajamente?

El marqués bajó la cabeza, y con sonrisa entre cariñosa y burlona replicó:

—Un marido no engaña innoble y bajamente cuando su mujer nada sabe... El cuidado que él ha puesto en ocultarse es testimonio de la consideración respetuosa que la guarda... Ese afán que todas las mujeres tienen de conocerlo todo y de profundizar en todo, aun á riesgo de destrozarse el corazón, es lo menos razonable del mundo. La fidelidad conyugal que ustedes exigen es una rareza casi imposible. Si yo me encontrase en el lugar de usted, en vez de abrir mucho los ojos para ver mejor me los cubriría con ambas manos para aumentar mi ceguera. No pida usted al hombre lo que el hombre no

puede dar, y conténtese usted con lo que él le otorga: sus atenciones, su amabilidad y su alegría. He ahí lo que asegura la bienandanza cotidiana; lo demás es pura novela... Déjelo usted para los libros, pero no trate usted de llevarlo á la vida real.

La condesa no escuchaba ni oía á su amigo.

Aparecía ante sus ojos la casita del arrabal de Viena y el jardín verdeante en que ella solía deslizarse por la puertecilla medio oculta bajo la hiedra. ¡Cuán dichosos habían sido allí! ¡Qué de juramentos habían cambiado! ¡Qué bien los habían cumplido ambos... hasta entonces! Mina recordaba después su llegada á París, pasado el luto de su primer marido; diez y ocho meses hacía á la sazón que no se habían visto ella y Armando, y saboreaba en su memoria su primera entrevista en una habitación de los Campos Elíseos que ella misma había alquilado para determinar con calma lo relativo á su instalación definitiva. Veía la condesa á Fontenay cuando penetraba en el salón y se detenía á tres pasos de ella, pálido de emoción; recordaba también el irresistible impulso que le había lanzado á sus pies, y casi á sus brazos, llorando de alegría. ¡Cuánto la quería entonces! ¡Qué palabras tan dulces las suyas! ¡Qué tiernas confidencias las de ambos!... Caía la tarde, tres horas habían transcurrido desde que estaban encerrados en aquella habitación... Allí seguía viendo al conde, muy cerca de ella, con las manos en